

L' uno a Virgilio, e l' altro ad un si volse,
Che sedea li, gradando: Su, Currado,
Vieni a veder che Dio per grazia volse.

Poi volto a me: Per quel singolar grado
Che tu dèi a Colui che si nasconde
Lo suo primo perchè, che non gli é guado,
Quando sarai di là dalle larghe onde,
Di' a Giovanna mia, che per me chiami
Là dove agli 'nnocenti si risponde.

Non credo che la sua madre più m' ami,
P'osciachè trasmutò le bianche bende,
Le quai convien che misera ancor brami.

Per lei assai di lieve si comprende
Quanto in femmina fuoco d' amor dura,
Se l' occhio o 'l tatto spesso nol raccende.

Non le farà sì bella sepoltura
La vipera che i Melanesi accampa,
Com' avría fatto il gallo di Gallura.

Così dicea, segnato della stampa,
Nel suo aspetto, di quel dritto zelo
Che misuratamente in cuore avvampa.

Gli occhi miei ghiotti andavan pure al Cielo,
Pur là dove le stelle son più tarde,
Si come ruota più presso allo stelo.

E 'l Duca mio: Figliuol, che lassù guarde?
Ed io a lui: A quelle tre facelle,
Di che 'l polo di quà tutto quanto arde.

Ed egli a me: Le quattro chiare stelle,
Che vedevi staman, son di là basse;
E queste son salite ov' eran quelle.

Com' ei parlava, e Sordello a sè 'l trasse,
Dicendo: Vedi là il nostr' avversaro;
E drizzò 'l dito, perchè in là guatasse.

Da quella parte, onde non ha riparo
La picciola vallèa, er' una biscia,
Forse qual diede ad Eva il cibo amaro.

Tra l' erba e i fior venia la mala striscia,
Volgendo ad or ad or la testa, e 'l dosso
Leccando, come bestia che si liscia.

Io nol vidi, e però dicer nol posso,
Come mosser gli astór celestiali;
Ma vidi bene e l' uno e l' altro mosso.

Sentendo fender l' aere alle verdi ali,
Fuggio 'l serpente; e gli Angeli dièr volta,
Suso alle poste rivolando iguali.

L' ombra che s' era al Giudice raccolta,
Quando chiamò, per tutto quello assalto
Punto non fu da me guardare sciolta.

Se la lucerna che ti mena in alto,
Truovi nel tuo arbitrio tanta cera,
Quant' è mestiere infín al sommo smalto,

Cominciò ella; se novella vera
Di Valdimagra o di parte vicina
Sai, dilla a me, che già grande là era.

Chiamata fui Currado Malaspina;
Non son l' antico, ma di lui discesi:
A' miei portai l' amor che qui rallina.

Oh, diss' io lui, per li vostri paesi
Giammai non fui; ma dove si dimora
Per tutta Europa, ch' ei non sien paesi?

La fama, che la vostra casa onora,
Grida i signori e gridà la contrada,
Si che ne sa chi non vi fu ancora.

Ed io vi giuro, s' io di sopra vada,
Che vostra gente onrata non si sfregia

que estaba sentada, gritando: « ¡Ven, Conrado, ven á ver lo que Dios ha dispuesto en su misericordia! »

Luego se volvió hácia mí: « Por la gratitud particular que debes al que tiene tan oculto su manantial primero, que no hay vado para llegar á él, cuando estés allende las anchas ondas, dí á mi hija Juana que interceda por mí en el sitio donde se atiende á los inocentes. (1)

No creo que su madre siga amándome, puesto que ha dejado ya el blanco velo (2) que debe un día la infeliz echar de menos. Por ella pude fácilmente conocer cuanto dura en una mujer el fuego del amor, si no se vé con frecuencia atizado por los ojos ó el roce.

La víbora que hay en el escudo de los milaneses no le levantará tan hermoso sepulcro como le hubiera levantado el gallo de Gallura. »

Al hablar de esta suerte, véfase en todo su exterior la señal del recto celo que con medida arde en el pecho. Avido mis ojos se elevaban hácia la parte del cielo en que son las estrellas mas lentas, como las partes de la rueda mas próximas al eje.

Díjome entonces mi guía: « Hijo querido, ¿ qué es lo que estais mirando allá arriba? »

Y yo á él: « Miro aquellas tres antorchas por las cuales está el polo ardiendo allí abajo. (3)

Y él á mí: « Las cuatro brillantes estrellas (4) que has visto esta mañana han descendido allí abajo, y esas han subido á donde estaban aquellas. »

Mientras me estaba hablando, Sordello lo atrajo hácia sí, diciendo:

« ¿ Ves allí á nuestro enemigo? » Y alargó el dedo para indicarle el punto á que debía mirar.

En aquella parte en que queda abierto el pequeño valle, habia una serpiente, quizá la que dió á Eva el amargo alimento. Se adelantaba el pérfido réptil por entre la yerba y las flores, volviendo de vez en cuando la cabeza hácia su espalda, y lamiéndose como animal que pretende alisarse.

No ví, y por lo tanto no puedo decir como se movieron los azores celestes, pero les ví á uno y otro en movimiento.

Al oír el aire que se hendia bajo sus verdes alas, la serpiente huyó y los ángeles subieron nuevamente á sus puestos, llevando igual vuelo.

La sombra que se habia acercado al juez cuando él la llamó, ni un instante dejó de mirarme durante aquella acometida.

« Que la antorcha que te conduce á lo alto halle en tu voluntad tanto alimento como se necesita para llegar al monte esmaltado; » y luego continuó de esta manera: « Si sabes algo del valle di Magra ó del país vecino, dímelo, porque fui en aquella tierra verdaderamente grande.

Llamábanme Conrado Malaspina (5); no soy el primero de este nombre, pero sí uno de sus descendientes. Profesé á los míos un amor que aquí se apura.

— ¡ Ah! le dije, no he recorrido vuestro país; pero, ¿ puede uno estar en Europa donde no haya llegado su nombre? La gloria que honra vuestra casa da tanto renombre á los señores y al país todo, que es conocida aun de aquellos que nunca le han visto.

Y os juro (¡ojalá pueda con tanta certeza llegar allá ar-

(1) Deus peccatores non audit. (S. JUAN.)

(2) Los velos de luto, segun la costumbre de aquella época. Beatriz de Este habla casado en segundas nupcias con Galeas, de la familia de los Visconti de Milan.

(3) Las tres virtudes teologales.

(4) Las cuatro virtudes cardinales ó morales, que son: Prudencia, Justicia, Fortaleza y Templanza.

(5) Señor de la Lunigiana.